

- EN ESTE PUEBLO...

UNA ANTOLOGÍA CON TEXTOS DE:
MÓNICA MARYGAL, STEFANY GG, EHJ SANTILO,
IKER COMPEÁN LEROUX, IVÁN RUBIO, MARCOS A. MEDRANO
Y VICENTE SANTANA EDITADA POR AURA PENÉLOPE CÓRDOVA



Antología
Nº

2



ESCRITORES
QUE NADIE LEE



“En este Pueblo...”

Antología del círculo de escritura de ©Somos Texto 2021

Primera edición.

Este es un material de distribución gratuita. Los derechos de los textos aquí incluidos pertenecen exclusivamente a sus autores. Esta publicación puede ser reproducida, transmitida, descargada, prestada, almacenada y regalada.

Edición **Penélope Córdova**

Maquetación y portada **CODEX+**

- EN ESTE PUEBLO...

UNA ANTOLOGÍA CON TEXTOS DE:
MÓNICA MARYGAL, STEFANY GG, EHJ SANTILO,
IKER COMPEÁN LEROUX, IVÁN RUBIO, MARCOS A. MEDRANO
Y VICENTE SANTANA EDITADA POR AURA PENÉLOPE CÓRDOVA



PRÓLOGO

A lo largo ya de un año y medio, en el taller de los jueves de Escritores que nadie lee hacemos ejercicios de escritura instantáneos: damos una consigna y escribimos lo que nos venga a la mente. Este año hemos escrito cuentos sobre la oscuridad, de ciencia ficción, fanfics, textos sin adjetivos, sin punto, bestiarios, contados por un objeto, por fantasmas, por un personaje a punto de morir, etc.

Durante los primeros meses de la era covid, las editoriales publicaron lo que quisieron y pudieron con la temática del encierro, la epidemia, la convivencia forzada, el fin del mundo; crónicas, ficciones, reportajes, utopías, o relanzaron clásicos como *La peste*, *El Decamerón* o *El amor en tiempos del cólera*. La editorial española Páginas de espuma editó un volumen con el título de *La casa detenida, microantología para tiempos de cuarentena*, que es de descarga gratuita (no crean que fomentamos —abiertamente— la piratería), y que incluye textos de autores de esa editorial con el único pretexto de que el bibliófago desatado, ese que compra y descarga más de lo que podrá leer en toda su vida, tenga algo qué picotear (pobrecillo) mientras está confinado.

El segundo cuento de esa microantología, titulado “Sobre la puerta”, del escritor argentino Eduardo Berti, recoge la existencia y curiosa descripción de una aldea del sureste mexicano

en la que reina una costumbre inveterada: todas las casas tienen un cartel encima de la puerta, en el que se indica el nombre y apellido del jefe de familia —o bien del ocupante solitario—, la profesión u oficio que da sustento al hogar y, por último, se ofrece algo así como una escueta declaración de principios. Dice un cartel redondo que se confunde con un escudo: «Aquí vive la familia de L.P., que trabaja como herrero y nunca fía ni presta dinero después que un antiguo amigo lo estafó».

Como el lector podrá imaginarse, este fragmento, convertido en consigna, nos dio posibilidades ilimitadas de escritura. Historias como casas, una antología como una aldea, el lector como turista. Bienvenidx, pues, a nuestra antología de fin de año, a nuestra antología que no es un PDF: es un pueblo mágico.

~ Penélope Córdova

IVÁN RUBIO

Cirujano de profesión. Lector empedernido. Su estado ideal, la escritura.

[SIN LETRERO]

Vivíamos en una gran casona situada en la parte más alta del pueblo, la única que no tenía letrero. A pesar de su deterioro, mostraba huellas de un pasado esplendoroso. El timbre de la puerta sonaba muy eventualmente —estaba en la parte interna y quedaba muy alto para los niños—, y cuando pasaba, corríamos a ver quién había llegado. El ejecutante, siempre aferrado a la reja blanca, preguntaba:

—¿Qué está vendiendo la señora?

Asombrados, nos mirábamos e íbamos donde ella y le transmitíamos la inquietud del visitante anónimo. Y, con más asombro aun, volvíamos con la respuesta para el interesado:

—¡Señor! ¡Que espere, ya viene!

Un momento después, aparecía la mencionada matrona con el rostro abotagado, su caminar pesado y lento. Traía en sus manos un jarrón de porcelana de caolín francesa, un florero de cristal de Murano o unos cubiertos de plata, un libro, aparato, utensilio o cualquier otro objeto.

Los mostraba elevándolos, los volteaba, mientras limpiaba el elegido con un paño escarlata con bordados dorados. Se lo entregaba a la doméstica, quien lo recibía nerviosa con sus dos manos, atravesaba la terraza y se lo acercaba al interesado. Y en ese mo-

mento, la señora, esforzándose para respirar, anunciaba con su voz petrosa el valor.

—¡Con cuidado, por favor! ¡Agárrelo bien! —recomendaba la empleada.

El comprador ladeaba el rostro, acucioso, lo examinaba y, por último, hacía la contraoferta. Generalmente, madre no cedía al principio; no obstante su actitud oronda y altiva, siempre cerraban la venta. Luego entregaba el dinero a la empleada y le ordenaba una compra para la semana. Esto se repetía cuando la nevera amanecía vacía y, preocupados, no sabíamos qué íbamos a comer.

Una vez fallecida mi madre, por un tiempo no volvieron compradores. Al escuchar el sonido del timbre, sorprendidos nos asomamos. Un señor. Se le veía preocupado, luego preguntó por ella, nos manifestó que no tenía palabras para agradecer lo que había hecho por su hijo, le había vendido a muy buen precio los libros que él nunca habría podido pagar. Con mucha curiosidad, le preguntamos:

—¿Cómo sabía usted que los vendía?

—¡Ella colocaba una cinta en la ventana! ¡Pero siempre era roja!
—agregó sorprendido mientras señalaba con un dedo la pared al fondo de la terraza, más allá de la reja blanca. Todos volteamos a mirar hacia el fondo. ¡Había una cinta negra!



VICENTE SANTANA

Ha sido, desde hace poco más de veinte años, asistente contable en una dependencia de gobierno. Burócrata de día y aspirante a escritor de noche. El presente libro presenta uno de sus cuentos, por segunda ocasión, fuera de alguna documentación oficial.

SI ESTÁS BUSCANDO UNA SEÑAL, ESTA

La puerta cedió al segundo intento. Las bisagras oxidadas se partieron en dos sin ofrecer mucha resistencia. El interior de la casa, al igual que todas las que había encontrado, estaban llenas de una arena negra, fina y corrosiva. La anomalía había sido mayor aquí que en nuestro pueblo, sin duda. Finalmente, estaba empezando a sentir nostalgia.

 Cuando nos dijeron que todo ya había pasado, salimos, al principio inseguros y deslumbrados, de nuevo a la calle. Nos hablábamos de lejos, con cautela. Poco a poco comenzamos a retomar lo que quedaba de nuestra vida cotidiana. Resurgió entonces el deseo habitual en mí, antes de todo aquello de viajar, la necesidad de alejarme lo más posible para sólo regresar cuando fuera estrictamente necesario. Como la pelota aquella fijada a la raqueta con una cinta elástica, que parece que se va a ir para siempre para regresar violentamente y rebotar, una y otra vez.

Había entrado al pueblo por el lado de la barranca, que aún conservaba algo de vegetación, aunque terriblemente disminuida, por donde se decía, tiraban a los pretenciosos que se atrevían a entrar.

¡Menudos fulanos!, pensé mientras sentía la adrenalina paseando alegremente por todo mi cuerpo. Lo que había sido la calle principal era ahora sólo una vereda polvosa, flanqueada, aquí y allá, por montículos de la oscura arena en los cuales comenzaban a florecer unas rarísimas plantas de colores casi fosforescentes.

Recordé que don Paz, el fulano aquel que se sentía casanova (y que en realidad se llamaba Ubaldo, un nombre por demás inútil para sus conquistas), platicaba con entusiasmo de este sitio, pero no podía recordar exactamente qué. Luego vino el pleito aquel —había algún cartero involucrado, o una carta, o ambos, creo— y no volvimos a saber de él. Al oír como tronaba la grava bajo mis botas imaginaba que eran momentos de este lugar que se desintegraban y jamás se volverían a evocar. Como aquello que no se puede recordar, pero que sabes que está por ahí, escondido en algún sitio. Algo así estaba buscando.

En una esquina vi un trapo colgado de una ventana, parecía haber sido rojo, pero ennegrecido por el tiempo y la corrosiva tolvane-
ra. Aquella casa tampoco tenía rótulo, decidí que doblaría por esa calle. Sin embargo, esa no era la señal que esperaba. Sabía perfectamente lo que buscaba, eran tiempos difíciles y seguramente valdría algunos pesos. No era momento para indecisiones y, además, ya estaba ahí. Continué. Comencé a hablar solo, pensé que de alguna manera me resultaría útil. Me dije que era un poco irónico que yo, siempre esperando “una señal”, anduviera a la caza de viejos rótulos con tan sólo la sospecha de que estarían bien cotizados en el mercado de coleccionistas.

 Mi padre decía que había salido como mi madre, a la que nunca conocí, que al día siguiente de dar a luz se fue y jamás volvió. “Siempre estaba buscando, esperando, algo. Finalmente, un día decidió que lo mejor era ir a buscarlo ella misma” se quejaba amargamente. Aún la amaba. Crecí

sin ella, pero con la seguridad de que en algún sitio ella había encontrado su señal, su llamado. Quizá por eso tendía a irme constantemente y no regresaba hasta que la nostalgia me rebasaba. Sabía que algún día encontraría la señal que era solo para mí.

...finalmente encontré uno de los famosos carteles. Esos que estaban sobre la puerta de cada casa y que habían puesto el nombre de esa villa —exactamente a la mitad de la nada, en pleno sureste del país— en el mapa. Me ajusté el paliacate que me cubría la cara y con los guantes sacudí la arena para poder ver el letrero. Las letras estaban borradas, talladas quizá. El nombre era imposible de leer, aunque parecía que sólo eran un par de iniciales: VS ¿A? Del resto, solo se alcanzaba a leer: “Si estas buscando una señal, esta” Sorprendido, quizá asustado, tiré al piso el letrero. Quedó boca abajo. En el reverso se leía, con letras recién pintadas:

“Regresa”.



MARCOS A. MEDRANO

Mexiquense nacido en 1996, es narrador incipiente, forma parte de la prestigiosa secta literaria EQNL, ha publicado artículos en libros y un cuento en alguna revista literaria. También es autor del libro de cuentos “Los ajados” (MA Porrúa, 2021).

ESTE AÑO SE ESPERA EL NACIMIENTO DE UN BEBÉ

Hace medio año que recibí, de un pueblo norteño, una extraña carta. Extraña no es decir demasiado, incluso es decir absolutamente nada, podría enlistar algunas razones, por ejemplo, podría decirse que las oraciones estaban tan pegadas una a la otra que, de lejos, parecía una hoja rayoneada por completo de un negro disparejo, podría decirse que tenía serias faltas de ortografía, como el hecho de tener escrita la palabra cuartizados en vez de descuartizados, o porque el contenido era así (sí, está carta venía mal sellada): “El Norte del país, migo, qe cosa mas rara, ayer encontraron un cuartizado. Me quedaré por aca un tiempito te encargo a mi esposa no me la dejes sola, ya te lo dije antes de irme, trátala como tuya”. Para mí, era una carta de un amigo a otro encargando que ayude a su mujer en cualquier problema, nada de eso llamó especialmente mi atención.

A veces, en la oficina postal todavía abrimos las cartas mal selladas esperando encontrar algo más que estados de cuenta, pero a lo más son ejercicios de escuela que consisten en ir al correo y enviarle una carta a un compañero. En fin, llegó esta carta del norte que se quedó en el cajón la dirección, eso era lo extraño, la dirección: “Vive aquí el señor D.A.M. que trabaja como mecánico y que nunca descuida un solo punto de algún encargo”.

Nadie entregaría la carta, el servicio postal no reanudaría hasta pasadas las vacaciones, y como no tenía nada que hacer, decidí viajar al pequeño pueblecito del sur al que estaba dirigida la carta y entregarla yo mismo. Me despedí de mi esposa, quien no tenía ánimos para vacaciones pues estaba terminando un duelo, y le dije que volvería pronto.

Compré los boletos de bus, extrañé a mi esposa por las doce horas que duró el viaje al estado, me trasladé al pueblecito, me sentí mal por dejarla sola. Llegué, me dirigí a la oficina postal y le escribí con las primeras palabras que me llegaron a la mente, siguiendo el ejemplo de la carta (aunque con mejor caligrafía), a un amigo: Querido U.M.A., he tenido que dejar la ciudad durante algunos días, por favor, encárgate de mi querida esposa, trátala como si fuera tuya.

Mientras iba en el camión pude advertir que sobre la puerta de todas las casas se encontraba la dirección, en un hueso gigante de madera decía: “Aquí vive J.L.A. cuidador de perros”, en un letrero neón, “En esta casa reside L.S.D. que vende el paraíso”, en otro letrero decía “Reside en esta morada H.O. que acepta a todos los peregrinos (hotel)”, y así en cada portón, tal como el destinatario en la carta que quería entregar.

No encontré la casa hasta el segundo día, y sólo después de haberme perdido entre las inusuales direcciones, de preguntar en “Aquí vive I.U.G.H. que odia a los turistas” y otros similares, hallé la ubicación, y resultó también que ese día era el de cambio de letreros, que se hace una vez al año según las costumbres del pueblo.

Precisamente un hombre cambiaba la dirección, que ahora decía. “Aquí mora el señor D.A.M. que trabaja como mecánico y cuida de una esposa con gran cabalidad, este año se espera el nacimiento de un bebé”.

Solté la carta al suelo y regresé a la ciudad en el primer autobús.



MÓNICA MARYGAL

Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UNAM) fue editora de la sección de cultura en el periódico La Noticia en Lázaro Cárdenas Mich., y ha dado clases de español, literatura y redacción en diversas escuelas. Se mudó a la ciudad de Zacatlán, Puebla, donde reside con su esposo y dos hijos. Abi estudió Arte Dramático. Actualmente es actriz de teatro y prepara su primer libro de cuentos.

AQUÍ SE SALE LOS VIERNES

La casita de Meche, su gran sueño, le llegó pasado su medio siglo de vida, se construyó sin cimientos. Con treinta hileras de tabiques, Justino levantó cuatro muros, puso dos ventanas, una hacia la calle y otra al precario jardín. Unas láminas de cartón como techo, acabado rústico para las paredes y pintura azul y rosa de sobrantes de las casas ricas que acostumbraba construir.

Justino era buen hijo, el tercero de siete que tuvo doña Meche, todos de diferente padre y el único que la sacaba de apuros. Le hizo la casita en sus tiempos libres, con dinero de Paz, el último amante de su madre, con quien duró veinte años y quien le procuró una casa con una única condición: Meche no podría salir de ella sin su compañía.

Paz la visitaba todos los viernes, la mayoría de las veces llegaba borracho y le hacía el amor con olor a tabaco y aguardiente en una cama de sábanas y colchas blanquísimas donde Meche le tenía prohibido subir los pies con las botas puestas.

Meche conservaba sus curvas gracias a los corsés que usaba, le gustaba oler a rosas y sujetar sus cabellos lacios con peinetas de Carey, nunca usó maquillaje. Dormían juntos y sin remordimientos de su amor clandestino pero de dominio público. Al amanecer iban a la plaza a comprar lo necesario para toda la semana. Si a Meche se

le olvidaba algo, tendría que esperar al próximo viernes. Mientras tanto, se ocupaba de tejer suéteres y bufandas de lana a cielo raso entre las malvas y la lavanda que crecían y se desbordaban por la reja de fierro negra. Llegado el invierno ponía un tendedero afuera de su ventana y los vecinos se surtían de prendas a buen precio.

Paz no llegó ese viernes, ni el siguiente. Los vecinos se encargaron de Meche esos días y le pasaban alimento a través de la reja. El tercer viernes de noviembre, Meche despertó porque alguien golpeaba su ventana, miró por un lado de la cortina y corrió a ponerse su chal gris y a acomodarse los cabellos. Reconoció a la señora por la foto que Paz guardaba en su cartera. Le abrió la puerta, la pasó a la cocina y puso a calentar té de limón, era tal el silencio que se escuchaba el crepitar de la madera de la estufa y así se quedaron hasta que el agua se tornó verde-amarillo. ¿Azúcar?, preguntó Meche, dos cucharadas copeteadas le contestó ella, las cucharas tintinearón y, a la par, soplarón su taza de barro, un primer sorbo corto y profundo, un suspiro y una frase: Se nos fue.

Terminaron el té y se pusieron a tejer.



STEFANY GG

Es ingeniera en mecatrónica (UDEM) y astrónoma amateur; lectora voraz, ama contar historias y ahora también las escribe. Actualmente vive bajo el lema “criando y creando.”

NO MOLESTAR

A Clemen le sorprendió no haber notado el letrero de la casa gris, porque ella no pasaba por alto detalle alguno. Era de las más retiradas, junto con la suya y, aunque le daba pereza tener que caminar más que los otros niños para ir al parque, desde su descubrimiento, intrigada, procuraba pasar más cerca para darle emoción a sus largos recorridos.

Era muy amplia, tenía espacio para unos cuatro autos y una mancha de aceite en el piso indicaba que alguna vez estacionaron al menos uno, pero ahora había una reja de barrotes muy juntos con una puerta estrecha que apenas dejaría pasar a una persona, si es que alguna vez se abriera. Al lado se encontraba la rendija de un buzón y una portezuela que decía “Paquetes aquí”, y donde alguna vez hubo un timbre había una placa de metal lisa. Por entre los barrotes lograba verse un caminito de piedra muy mono que llevaba a la entrada. Al principio de éste se distinguía el letrero hecho a mano en una madera vieja que decía “NO Molestar”, con un no muy grande y la r chorreada, indicando que a quien lo hizo no le dio tiempo de secar la pintura. El cambio era muy notable respecto al lugar donde había estado el letrero anterior, que probablemente en otros tiempos llamaba mucho la atención. Nadie a quien le preguntara se acordaba qué decía antes; es más, ni siquiera se acordaban de que había una casa ahí.

De repente sacaba el tema con sus compañeros de juego y vecinos, aunque de ellos no obtenía mucha información y se aburrían pronto.

—Dicen que ahí vivía un científico loco, hacía experimentos con gente.

—Esa casa está abandonada.

—Pero cómo va a estar abandonada si está muy limpia con el pasto cortado —contestaba Clemen.

—Está embrujada, se aparece una señora en las noches.

—Sí, es que el que vivía ahí mató a su esposa.

—Lo que se aparece es un demonio.

—Pues no tiene pinta de embrujada —se convencía Clemen.

Y con eso último en mente, cuando pasó cerca de ella, sintió un viento frío en la nuca y corrió directamente a su casa. La evitó una semana entera.

Hasta que la curiosidad volvió y así sus recorridos habituales. Y era tanta su intriga que se quedó un buen rato viendo la reja, y hasta decidió asomarse en el buzón. Había un paquete. Se emocionó como si fuera para ella. Luego se asomó por la rejilla de las cartas y vio varias acumuladas. Decidió quedarse por los alrededores por si alguien salía a recoger aquello. Contó las florecillas amarillas salvajes que crecían en la banqueta. Cortó algunas. Recogió piedritas de los alrededores. Hizo una torre con ellas. Siguió un camino de hormigas y tapó la entrada a su hormiguero. Esperó a que lo reabrieran. Practicó su silbido. Pasaron horas y nada. Volvió a casa muy decepcionada.

Al día siguiente se asomó de nuevo. El paquete y las cartas seguían ahí. Pensó en quedarse otra vez pero también se preguntó: ¿Y qué hago si sale alguien y me ve?

Un impulso la hizo meter la mano y alcanzó a sentir el paquete, aunque la puerta estaba pesada y el mecanismo aseguraba no poder abrirla de más como para sacarlo. Se conformó con sentir lo que alcanzara. Era un sobre muy gordo, lo de adentro parecía firme y

rectangular. Sintió que la observaban. Sacó la mano rápido, la puerta cerró con estruendo y corrió.

Cuando volvió después, todo seguía igual. Se sintió aliviada de que su impertinencia no hubiera llamado la atención de nadie. Y pasaron otros dos días más hasta que encontró aquello vacío. La intriga aumentaba, ¿quién se esperaba tanto para recoger un paquete? En su casa hasta se peleaban por abrirlos.

Se puso a buscar otras maneras de inspeccionar la casa. Desde la suya intentó todas las ventanas, pero la única que dejaba ver algo más que solo pared o reja era la del baño y tenía que subirse por el lavabo, equilibrándose de puntitas. Alcanzaba a ver un jardín, una mesita, sillas de metal y algunos adornos, pero nunca vio a nadie.

Pero un día lo notó. Había una parte sin reja que tenía una fila de arbustos por la que tal vez pudiera pasar, y estaba muy cerca del final de su barda, solo tenía que recorrer un par de metros.

Rodeó su casa y comprobó el descubrimiento. Ya de cerca, analizó cada arbusto. Ajá. Cerca de una orilla había uno más flaco que el resto y podría pasar por debajo si cortaba algunas ramas. Planeó su estrategia.

Con unas tijeras Barrilito, una bolsa donde empacó agua y unos pingüinos Marinela estaba equipada para su expedición. Por dentro sentía algo de culpa de que existiera la posibilidad de entrar en una casa ajena, pero explorar ese terreno intrigante y desconocido diluía cualquier duda.

Fue fácil, y ni siquiera cortó ramas, solo pasó con cuidado pegada al suelo. Una vez dentro, exploró todo el jardín, pero lo hizo de cuclillas por si alguien se asomaba. Llegó a la puerta y se asomó por una de las varias ventanas que abarcaban casi toda la pared. Entraba mucha luz, y alcanzó a ver un comedor y un poco de la cocina. Casi todo era de madera, con acentos de varios colores, principalmente verdes. Se veía de otra época, con sillas y mesas muy robustas, muchas cosas por donde quiera que se viera. Esto

solo acució sus ganas de entrar. Y lo logró sin esfuerzo. La puerta estaba abierta.

Su corazón amenazaba con estallar de lo fuerte que palpitaba, pero reunió valor y puso un pie dentro, luego otro, el cuerpo entero. Decidió que en esta visita solo examinaría la cocina y comedor, y con eso tendría suficiente, porque pasaron cerca de dos horas en lo que repasó cada cosa que encontró. Había una colección de cucharitas, muchos imanes de distintas partes del mundo, tazas en variedad de formas y colores. Había dos en el fregadero y otras tres secándose. Un montón de infusiones y tés, algunos hacían que le picara la nariz. El refrigerador tenía poca comida, pero nada echado a perder. Definitivamente alguien vivía ahí, pero no sintió presencia alguna en todo ese tiempo. Se fue satisfecha.

Así se hizo costumbre visitar esa casa. Ya casi no salía a jugar, y aunque la fueran a buscar tenía excusas, porque prefería ir a la casa-museo como ahora la llamaba.

—¿Por qué ya no sales como antes, Clemen?

—Ando muy ocupada con el colegio.

—Y para qué quieres que salga, si ni nos pela.

—Seguramente anda enamorada, eso dice mi mamá de mi hermana que anda toda ida y tonta, ni comer quiere.

—Ni enamorada, ni tonta. Tengo muchas cosas que hacer —les contestaba ya enojada y cerraba la puerta.

Y es que en cada vuelta descubría una colección nueva o alguna maravilla. Toda novedad se quedaba en su mente por días y le emocionaba volver y pasar el mayor tiempo posible. Al principio entraba con mucha cautela, pero cada vez agarraba más confianza y ya se hacía en su segundo hogar.

Las pistas de quienes vivían o alguna vez vivieron ahí se acumulaban en un rompecabezas que no sabía ni por dónde empezar a armar. Se imaginaba de todo, aunque principalmente que alguna vez vivió ahí una pareja de aventureros que viajaron por todo el

mundo y se llenaron de tesoros con los que ahora ella jugaba. Por ejemplo, lo que encontró en uno de los cuartos: baúles con ropa de mujer y hombre, piezas que no dudó en probarse para participar en sus cuentos de fantasía. Hasta se regresaba con algún accesorio para seguir jugando en casa, eso sí, como no era ratera, siempre regresaba lo que tomaba.

Todo era risas y diversión, hasta el día que encontró una puerta. De metal, fría y pesada. No era fácil de ver, se perdía en la pared. Se preparó para un rechinado, pero no hubo ruido alguno. La apartó y encontró una escalera hacia abajo. Había tan poca luz que para bajar se agarraba de la pared. Mientras palpaba el tapiz, rozó una especie de piel. Ya casi había descendido por completo, y limitó su sorpresa a agarrarse las manos contra el pecho y seguir.

Había un pasillo lleno de cosas muy raras que no pudo explicar, taxidermia y pieles, pero no todas parecían de animales, eran otra cosa. Siguió y entró en un cuarto repleto de cachivaches, tubos de ensayo, enciclopedias, libros oscuros, piezas y partes de algunos seres tan extraños que no parecían de este mundo.

Vio algunas computadoras, unas de modelos tan viejos que evidentemente no conocía. Y entre todo eso, en un lado del cuarto había un ánfora con la leyenda “Mi amada Clemencia”. Clemencia la miró con tanta sorpresa de encontrar su nombre ahí mismo que por poco pasó por alto el montón de fotos a un lado de ésta. Pero todas cortadas. Solo se veía a una mujer, en varias sosteniendo algunos peces, pero la verdadera incógnita era por qué estaban cortadas, solo veía un pedazo de la otra persona. Una carta, manchada y arrugada, como cuando una hoja se moja. Con poca luz y forzando mucho la vista, logró distinguir algunas letras:

yo solo pido Clemencia
solo pido a Clemencia
todo es mi culpa

la muerte
Mi y amada esposa
lo único que quiero
seguir lo que empezamos
la cura.
ya no estás.

-J

Un ruido la desconcertó, otra puerta se abrió e inundó todo con una luz tan brillante que la cegó. Su instinto le indicó correr, y así lo hizo, pero estaba tan desorientada que se topó con una bola metálica sostenida en una plataforma, que inmediatamente cayó haciendo todo tipo de estruendo al chocar contra cada objeto a su paso. Una figura muy alta, como clóset, y una cara desfigurada, se le acercó. Es el demonio, el que mató a su esposa, y sigo yo, pensó Clemen y echó a llorar.

—¿Qué haces, Clemencia? Tu escándalo no me deja leer en paz.

De su boca solo salió un grito ahogado y corrió de regreso por donde llegó. Subió de dos, hasta de tres escalones. Nunca había corrido tan rápido. Pero al llegar a la puerta del patio, ésta no se abrió.

§

EHJ SANTILO

Originario de Acapulco, Guerrero, 30 años, ingeniero en gestión empresarial por el Instituto Tecnológico de Puerto Vallarta, participante en la Primera Antología Poética del blog literario Poesía Nómada. Ávido lector y futuro escritor.

EN ESTA CASA CONSIDERAMOS EXTRAORDINARIAMENTE ÚTIL HABLAR SOLOS

Mi nombre es Arcadio Padilla, y realmente me desagrada este lugar; no tengo la certeza para afirmarlo, pero tampoco dudas de este sentimiento.

Sabina fue hija única de la familia Solís García, y en sus anhelos más profundos, la ausencia de contacto fue el ancla que la ató, y la cercanía de otra persona, siempre su asignatura pendiente. Así que creció retraída, llenando su soledad con lugares, personas y seres que no existían.

Cuando Sabina hablaba sola en voz alta, como en compañía de alguien, para sus familiares era un día usual en la trastornada mente de una mujer solitaria. Siempre mencionaba un pueblo mágico, ubicado en el sureste de México, pero lo peculiar de este lugar eran sus direcciones, que recitaba como si fueran un mantra.

“Este año se espera el nacimiento de un bebé”, y se tocaba las manos desesperadamente, “Aquí no toleramos a la gente pretenciosa”, sacudía con ansiedad ambas manos como secándose un agua invisible, “Si estás buscando una señal, esta”, y se rascaba la nariz, exhalando siempre hacia el lado izquierdo, pues decía que así se tomaba el aire nuevo. “Aquí se sale los viernes”, decía desesperada y se limpiaba los ojos hasta la irritación. “NO Molestar!”, gritaba y concluía su episodio.

Después de eso, hablaba de un niño que siempre estaba sucio y al que no le importaban las reprimendas. Es un carbroncito mi Javi, decía. Y su padre un inútil, que no me puede sacar de este lugar. Siempre iniciaba en un tono neutro y cálido hasta que el cansancio de su día la iba venciendo y apagando su voz mientras se quedaba dormida.

Yo me conocía su historia, ya que llevo ocho años trabajando aquí y es mi pan de cada día atender situaciones así con estas personas enfermas. Sin embargo, mi condescendencia para con Sabina iba un poco más allá de lo meramente laboral, me preocupaba el hecho de que nunca recibiera visitas salvo en su cumpleaños que, según ella, coincidía también, al ser el último día de otoño, con el cambio de letreros de su pueblo inventado.

Una vez le pregunté sobre el letrero que tenía su casa y me dijo: Eso mismo me pregunto Javi, y te diré lo que en su tiempo le respondí a él: No pienso vivir mucho tiempo en este lugar, ¿por qué echar raíces en un lugar donde no quieres germinar? En cuanto pueda me voy, dijo, y le entregué su nueva dosis de Risperidona.

La últimavez que se vio Sabina por aquí sólo repetía una y otra vez un nuevo mantra: “Cuando te canses de imaginar, sabes a donde ir, tú sabes cómo llegar”. Después, sin más, desapareció.

Javi, cansado de peregrinar por medio país buscando rastros de una persona abstracta para el mundo, llegó un mes después de eso y se amistó conmigo. Mucho de lo que me contó de su infancia, en sus múltiples visitas al sanatorio, resultó ser la pieza faltante en las historias inconexas que contaba Sabina.

Yo dejé la clínica y me dediqué a buscar ese lugar del que hablaba Sabina, pues con tantas referencias, pensé que, si es que existe, sería fácil encontrarlo. He recorrido un estado del sur de México, y aunque no tengo ninguna señal de triunfo, no pierdo la esperanza de encontrar a Sabina para decirle que su Arcadio es real y no la ha podido olvidar.



IKER COMPEÁN LEROUX

Licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana y egresado del Curso de Guión del Centro Capacitación Cinematográfica (CCC), Iker ha sido encargado de videoclub, jardinero, pizzero, publicista, traductor, guionista y profesor, siempre puliendo su oficio como contador de historias por las noches en la Ciudad de México, en cualquier cafetería que cierre después de las once.

AQUÍ NO TOLERAMOS A LA GENTE PRETENCIOSA

Esa madrugada, Sebastián no se despertó. Más bien se cansó de intentar dormir en ese colchón que no era el suyo. Apenas era una hora después de cuando siempre sonaba la alarma para ir al trabajo, y se había prometido que, en sus primeras vacaciones, se levantaría hasta después de las once, cuando en el supermercado apenas era su turno para ir al baño. Pero le fue imposible. En este primer día de vacaciones, las seis fue lo más tarde que pudo levantarse.

Se dio el regaderazo inaugural en el primer cuarto de hotel en que se había hospedado en su vida y fue una desilusión. La regadera no estaba mejor que la de su casa. El agua salía tibia y sin presión, como si alguien se estuviera meando encima de ti. Y el baño era pequeñísimo. La regadera compartía el espacio con el lavamanos y el escusado. Al menos lo tenía todo para él solo. Él había pagado esta habitación. Podía hacer lo que gustara. Aquí, él era el patrón. Nada de su mamá tocando a la puerta con “¿Sebastián, por qué te tardas tanto, qué andas haciendo o qué...?”. Así, decidió prolongar su ducha. Pasó el jaboncito por sus partes para animarse. Pensó en la vez en que vio a Jocelyn, la promotora de Yoghurt Altea, en los vestidores de Ropa para Dama, probándose una blusa con un arcoíris. La vio desde el pasillo de Aceites y Semillas, a través del espacio entre la puerta y la pared; la vio agacharse, cuando el ti-

rante de su brassiere negro cayó de su hombro, revelando un poco más de su pecho con pecas cafés. Pero en este baño había muchísima luz. La ventana, que daba directo al campanario de la iglesia del pueblo, no tenía cortina y los azulejos blancos le recordaron a la bahía de entregas de Carnicería en el supermercado, donde la sangre de los plásticos que quitaban a las reses muertas bañaban el piso.

Después del baño, se puso los pantalones blancos, como de lino, que había doblado con muchísimo cuidado en su petaca, y el suéter azul de rayas que tanto escondió en Ropa para Caballeros para que no se lo llevaran antes de que él tuviera para comprarlo. Por primera vez metió sus pies desnudos en los mocasines color crema que compró para estrenar en este viaje y salió, decidido a conocer este mítico lugar que tanto había encantado a Jocelyn.

—¡Oye! —le gritó la encargada del hotel con la boca llena cuando lo vio salir, extendiendo su mano hacia él como para que dejara de hacerse güey.

—Mis llaves se quedan.

Rápidamente, Sebastián sacó las llaves con un tablón de madera por llavero para entregarlas a la encargada con una sonrisa y una disculpa. Ella las tomó y arrojó detrás del mostrador, mirándolo con una amenaza clara.

Sebastián salió y quiso tomarse una foto para conmemorar su primera noche en un viaje, bajo la marquesina del Hotel Mirador y un letrero que leía “Con nosotros, la gente feliz y bonita tiene su casita”. Pero, desde la puerta, vio a la mujer detrás del mostrador, taco de huevo en mano, asomándose para ver qué andaba haciendo el jovenzuelo este ahora, y él prefirió olvidarse del recuerdo. Ya encontraría más historias de viaje para compartir con sus compañeros en el supermercado.

Poco después de que Jocelyn anunciara que se cambiaba de tienda, Sebastián la había escuchado platicar de este lugar que era un

“pueblito como de cuento”, donde cada casita, cada tiendita, cada iglesia, cada edificio tenía un letrero que contaba qué hacían o cómo eran ahí. Eso fue lo que Sebastián escuchó que Jolecyn le contó a Gloria Lizbeth, de Salchichonería, y a Marlon, el de los quesos, mientras preparaban muestras; les contó de este lugar en un valle rodeado de bosque, con sus casitas con paredes de ladrillo, techos de teja roja y bugambilias por todas partes. Sebastián, escuchando a distancia, se animó a preguntar a Jocelyn si ella era de ahí, pero sin voltearlo a ver, ella respondió con un tajante “no”.

Ahora él, en una peregrinación personal para seguir los pasos de Jocelyn, su Jocelyn, podía decir que todo lo que ella había dicho de este lugar era cierto. Sintiéndose muy tonto, y con mucha pena de que lo vieran, se tomó fotos bajo el letrero de la iglesia que vio desde la ventana de la regadera donde intentó masturbarse. El letrero leía “Dios solo abre su corazón a los fieles de verdad”. Pero las fotos no quedaron como él las imaginaba. Pensó que le quedaron feas. En todas salía él, como tonto, con sus pelos parados con gel y su suéter azul sin camisa abajo.

Caminó un par de calles más del empedrado mientras terminaba de amanecer y eligió un lugar bonito para desayunar. Se llamaba “El rincón de la Tía Marilú”. Un lugar que seguro le hubiera gustado a Jocelyn. En el letrero de la entrada, enmarcado en madera, como tallado a mano, se leía: “Aquí bailamos solo con una canción: que el cliente siempre pierde la razón.” ¡Qué bien le caían! Regresaría al supermercado con muchas historias para sus compañeros de seguridad y hasta impresionaría a las cajeras de la noche. Ahora verían que, aunque era él era el poli (y Luz, la subgerente, decía que ni a eso llegaba), tenía mucho que contar.

Con auténtico espíritu turista y viajero de conocer y probar lo nuevo, Sebastián miró la hoja enmicada con mugre pegada del menú y buscó lo exótico. Pidió los molletes de la tía Marilú al muchacho que lo atendió. Tenía cara de estudiante y un tatuaje de red arácnida en su brazo.

—Es que pinches clientes, ¿verdad? —le dijo Sebastián buscando su complicidad para quejarse y reírse, pero el joven alzó sus hombros en respuesta y se fue a atender el pedido.

Después de quince minutos de escuchar al muchacho quejarse al teléfono de que no podía hablar porque tenía a “un pinche cliente”, Sebastián recibió un café que le recordó al té de calcetín de la cafetera de la bodega del supermercado, que bebía junto a la bocina que anunciaba las ofertas una y otra vez, y los molletes de la tía Marilú, que eran como los de siempre pero con sardinas. Sebastián estudió el platillo frente a él, preguntándose si no había entendido el chiste, con su pico de gallo con trozos grandes y mal cortados de jitomate y cebolla.

—Hermanito, ¿no podrías ponerle más chilitos a la salsita de favor? —preguntó Sebastián, preocupado por pedir demasiado.

—Así viene el platillo —fue la respuesta tajante del joven que rápido regresó detrás del mostrador para subirle a su música en inglés.

Sebastián desayunó los molletes de la tía Marilú, que le supieron tan improvisados y mal hechos como cuando compró una lata de sardinas en tomate y un bolillo para comer en el trabajo. Fue en sus primeros días en el supermercado, cuando aún no sabía que ellos debían comer en la bodega, y las devoró en la banqueta del estacionamiento, sacando las sardinas de la lata con sus propios dedos, manchando la manga de su saco. Jocelyn lo vio. Ella iba llegando y hablando por teléfono. Se rió.

Después del desayuno, Sebastián continuó su recorrido bajo el sol de la mañana por las angostas banquetas de este lugar, ay, tan pintoresco, entre microbuses y autos. Calle tras calle, de verdad, con un letrero en cada casa y cada local: “Antes de pasar, haga el favor de dejar sus problemas en la entrada”, se leía sobre la puerta de una casa, “La amabilidad no se regala, se gana”, decía una placa metálica afuera de otra, “Dios nos trajo a esta tierra y los Peña nos dimos nuestro lugar”, decía en esa de allá media feíta.

Con una sonrisa algo forzada, Sebastián pensaba en las historias que contaría en el supermercado, a su madre, a su grupo de parientes de Alcohólicos Anónimos, a Jocelyn si algún día volvía a verla pero, poco a poco, y a pesar de él, estas casitas tan terminadas y pintadas le recordaron a la colonia que tenía que atravesar a pie a la mitad de la noche después del turno en el súper. Y sus mocasines color crema le empezaron a lastimar el dedo gordo. Los hubiera estrenado antes de este viaje. Y se hubiera puesto calcetines. Todo porque en una película había visto cómo se paseaba Bruce Willis, vestido más o menos así, por un pueblo en Italia, o un lugar bonito. A Sebastián le gustó cómo se veía y quería sentirse así de guapo. Pero aquí ni estaba en Italia ni en una película, y su dedo ya tenía una ampolla bien grandota, a punto de reventarse. Esto fue lo que descubrió cuando se sentó en la banqueta y, tras asegurarse de que nadie lo viera, se quitó un zapato.

—¿Me das permiso? —le dijo el hombre de cola de caballo que salió a sus espaldas, de un portón de madera pesado y muy elegante. Era como un cliente del supermercado.

Sebastián brincó para quitarse del camino pero ya, para que el hombre terminara de abrir la puerta de su casa, con marcos de ladrillo y pintada de amarillo, como pizzería de las carísimas en CDMX, y sacara el auto de su cochera. Después, bajó para cerrar su puerta, sin agradecer ni mirar de nuevo a Sebastián. El letrero sobre su entrada decía “Este paraíso no se encontró ni se perdió, se compró.”

Ahora, parado contra la pared, con cuidado quirúrgico, y aguantando el ardor de su dedo gordo, Sebastián se puso de nuevo su mocasín y continuó con el recorrido ya no turisteando, sino buscando cómo regresar a su hotel, no caminando sino cojeando, porque su ampolla se había reventado. Le ardía bastante. Buscando, calle tras calle, letrero tras letrero, empezó a recordar el supermercado con sus pasillos y letreros sin fin. Sentía ambos lugares igual.

“En este consultorio sólo atendemos a los creyentes”, “40% de descuento en papel higiénico Brown”, “En la casa de este herrero, los cuchillos no son de palo”, “Ayuda a mamá con las fibras Dirt Out”, “En este café, no nos importa el color”, todos anunciando, todos anunciando.

Como “En este establecimiento no se discrimina por credo, color, ni orientación sexual”, el letrero que Jocelyn comentó con Gloria Lizbeth, Marlon y la sabelotodo de la caja siete frente a Sebastián, como si él no existiera, cuando tuvo que aplicar una llave al tipo que se estaba probando los maquillajes en Farmacia. En tres ocasiones, Sebastián le pidió que no abriera las cremas, que no podía abrirlas, pero el tipo ese, con shorts pegados para andar en bicicleta y lentes de espejo, siguió haciéndolo, oliéndolas, untándose las; llamó a Sebastián “pinche prieto intolerante”, “puercoespín de mierda” y ahí Sebastián entró en acción, sacándolo a rastras del súper. Pensó que eso impresionaría a Jocelyn, pero ella, en vez de eso, lo miró como si fuera un animal, como si le diera asco.

Y ahora, un letrero que decía “En esta casa no toleramos, sobre todo, a la gente pretenciosa.” Era donde había estado Jocelyn. Lo sabía porque lo mencionó la misma vez en que la escuchó platicar de este lugar a Gloria Lizbeth y al Marlon. Era una casita hermosa, toda de ladrillo, y su letrero decía que no toleraban a la gente pretenciosa y pensé, había dicho Jocelyn riendo, “es que esa soy yo”, encendiendo también la risa de Gloria Lizbeth, de Marlon, yo no tolero a la gente pretenciosa, yo así soy, súper sencilla.

Sebastián miró esa casita toda de ladrillo, con el letrero que decía que ahí no toleraban a la gente pretenciosa, pensando que Jocelyn y él ahora tenían algo en común, y sintió algo en el estómago, como si ella fuera a aparecer a la vuelta de la esquina en cualquier momento. Así se había sentido cuando esa noche la vio salir sola del supermercado, y él corrió para alcanzarla y acompañarla al camión. Iba pensando que ella era sencilla, que también le caían mal los clientes

sangrones, que tendrían de qué hablar. Corrió hasta ella y la interceptó a la mitad de la calle, sin aliento. La tocó en el hombro. Ella giró con horror. Sebastián le sonrió. Ella lo reconoció. De su bolsa sacó gas pimienta y lo apuntó a sus ojos. “¡No me toques, cerdo!”, gritó y Sebastián se echó a correr.

No corrió, sino que, ahora, Sebastián caminó con paso firme hasta esta puerta y tocó, sin dudas. Luego golpeó. Y golpeó. Y hasta pateó. Y de las demás casas se empezaron a asomar personas. Abrió una joven con un arete en la nariz, la playera de un grupo de rock en inglés y despeinada, como si acabara de despertarse. Lo miró, esperando a que le dijera qué diablos quería.

—Perdón, es que dice aquí que no toleran a la gente pretenciosa, pero si se fija, eso es bien pretencioso —dijo Sebastián con las alas de la nariz papaloteando fuera de control.

—¿Huh? —preguntó la joven sin entender una sílaba de lo que le decía.

—Dicen que no son pretenciosos, pero son pretenciosos. ¡Son bien pretenciosos!

Un par de pestaños con rímel corrido se llevaron a cabo antes de que la chica se decidiera a cerrar la puerta en cara de Sebastián, pero no lo logró. De inmediato, Sebastián metió su mocasín entre la puerta y el marco.

—¡¿Para qué se hacen los buenas gentes cuando no?! ¡¿A quién quieren engañar?!

La chica sacó un cuchillo muy grande y amenazó a Sebastián para que retrocediera.

—¡¿Ve?! ¡¿Ve cómo son?!

Y eso fue lo último que Sebastián alcanzó a decir porque, para ese momento, varias manos, puños, sartenes, cuchillos tiraron de él para alejarlo de la chica. Fue a parar al suelo, desde donde vio los rostros de señores, señoras, todos güeros, todos “bien” como luego les dicen, pegándole, pateándole, jalándolo, gritándole.

- ¡Quiere violar a Claudette!
- ¡Llamen a la municipal!
- ¡Dénle para que no vuelvan!

Sebastián se hizo conchita, soportó los golpes pensando en aquella Navidad en el súper, cuando se agotaron las Coca-Colas y hubo que meterse para que los clientes no se pelearan.

Fue un linchamiento, pero pensó que hasta eso breve y controlado. La gente bien entonces trajo una pick up. Echaron a Sebastian en su vagoneta y se lo llevaron. Lo fueron a tirar en una carretera. Sus pantalones de lino, rasgados, puercos; su suéter, sin mangas; y de sus mocasines color crema quedó uno solo y cochino.

Estaba en medio del bosque, verde, frondoso, misterioso. En silencio. Sin nadie. Sebastián descansó. Y escuchó. Así pasó un rato. ¡Ahí sí estaba bonito!



**ESTA SEGUNDA ANTOLOGÍA DEL CÍRCULO DE ESCRITURA
DE LA SECTA DE ESCRITORES QUE NADIE LEE Y SOMOS TEXTO
PUEDE Y DEBE SER REPRODUCIDA CUANTAS VECES SE DESEE
(Y SUS AUTORES CITADOS CON EL CRÉDITO CORRESPONDIENTE)
TU LECTURA CONTRIBUYE A QUE CONQUISTEMOS EL MUNDO
MERECE MUCHOS LIBROS COMO REGALO DE NAVIDAD PERO
SI NO AL MENOS TIENES ESTA ANTOLOGÍA * * * * ***